

**Del instinto a las prácticas instintivas:
Una propuesta situada y relacional para los estudios multi-especies.**

TATIANA ANDREA BALBONTÍN BELTRÁN
(UNC)

RESUMEN

Este artículo es parte de una amplia investigación antropológica y etnográfica sobre las prácticas e interacciones entre humanos y animales en el Zoológico de Córdoba en Argentina. El trabajo de campo donde se recopiló la información fue realizado entre los años 2017-2020. En este artículo analizaré, especialmente, las caracterizaciones que el personal del Zoológico, integrado por administrativos, biólogos y cuidadores, hizo de la resistencia de los animales a ser trasladados a un nuevo sector. Todos ellos hacían referencia a la categoría nativa de *instinto* en los animales. Para comprender a qué hacían referencia mediante esta categoría analítica, me propuse indagar sobre la cuestión de los “instintos” en distintas disciplinas: psicología, etología, biología y antropología. Encontré que ambas, la categoría nativa y la categoría analítica de “*instinto*”, son muy similares. De este modo, a partir del trabajo de campo que pude realizar desde mi función como cuidadora de animales y, en especial, siguiendo mis propios registros de observaciones surgidas del encuentro con los animales, me fue posible obtener una aproximación diferente al significado del comportamiento de los animales cuando se los quiso trasladar de lugar. A este tipo de comportamientos los llamo *prácticas instintivas* y según mi propuesta, este concepto permite reflexionar apropiadamente sobre las co-existencias que se van haciendo, especialmente, entre los cuidadores y los animales en un ambiente humano-animal como el de los zoológicos.

Palabras clave

Instinto - Prácticas Instintivas – Co-existencias – Zoológico - Multi-especies

ABSTRACT

This article is part of extensive anthropological and ethnographic research on the practices and interactions between humans and animals at the Córdoba Zoo in Argentina. The fieldwork where the information was collected was carried out between the years 2017-2020. In this article I am going to focus, above all, on the analysis of the characterizations that the staff, composed of administrators, biologists and zookeepers, made of the resistance of the animals to be transferred to a new sector of the Zoo. All of them referred to the native category of *instinct* in animals. To understand what they were referring to through this analytical category, I set out to investigate the question of “instincts” in different disciplines: psychology, ethology, biology and anthropology. I found that both, the native category and the analytical category of “instinct”, are very similar. So, following my own records from the field work that I was able to do from my role as an animal keeper, especially the observations arising from the encounter with the animals, it was possible for me to obtain a different approach to the meaning of the behavior of the animals when they wanted to move them from place. I call this type of behavior *instinctive practices* and according to my proposal, this concept allows me to reflect appropriately on the co-existences that are being made, especially, between zookeepers and animals in a "human-animal" environment such as that of zoos.

Keywords

Instinct - Instinctive Practices – Co-existences – Zoo – Multi-species

1. Introducción

Las prácticas e interacciones entre humanos y animales¹ en los zoológicos han sido relativamente poco estudiadas (véase Cole et al., 2018; Birke et al., 2019; Tironi et al., 2020)². Más aún, dentro de mi subjetiva lupa de búsqueda, no he encontrado ninguna etnografía realizada en un zoológico. Ya lo señalan Birke et al. (2019)³: cuánta falta hace un estudio etnográfico para dar cuenta de los vínculos que se forman entre cuidadores y animales de un modo más profundo. Esta investigación intenta hacer una contribución a ese tipo de estudios, ya que se fundamenta en un trabajo empírico que desarrollé en el Zoológico de Córdoba en Argentina (en adelante Zoo) en el período 2017-2023 donde, además de recoger testimonios e información de los distintos actores del Zoo, pude realizar una observación participante como cuidadora de animales durante en el período 2017-2018. Esa experiencia me llevó a profundizar en las interacciones entre humanos y animales. En este escrito se verán reflejadas cómo esas líneas se entretrejen a través de tales actores: biólogos, los administrativos, los cuidadores y los animales del Zoo. De esta manera -sin ánimos de limitar esta investigación, pero sí de situarla- este artículo se encuentra en el marco de lo que actualmente se ha denominado *estudios multi-especies*.

En la antropología, la “etnografía multi-especies” ha tomado importancia en los últimos años. Cada vez más etnógrafos “están estudiando zonas de contacto donde las líneas que separan la naturaleza de la cultura se han roto, donde los encuentros entre *Homo sapiens* y otros seres generan ecologías mutuas y nichos coproducidos” (Helmreich et al., 2010: 546)⁴. Desde esa perspectiva, el abordaje

1 Mis referencias serán principalmente a “animales” y “humanos” de la misma manera que se me presentó en el Zoo. Sin embargo, actualmente hay muchos especialistas que se refieren a ambos de diferentes maneras. Entiendo que actualmente existe un complejo debate en torno a estas cuestiones, que excede esta investigación.

2 COLE, J., FRASER, D., “Zoo Animal Welfare: The Human Dimension”, *Journal of Applied Animal Welfare Science*, 2018; 21: sup1, 49-58.; BIRKE, L., HOSEY, J., MELFI, V., “You Can’t Really Hug a Tiger”: Zookeepers and Their Bonds with Animals”, *Anthrozoös*, 2019; 32: 5, 597-612.; TIRONI, M., HERMANSEN, P., “Prototipando la coexistencia: Diseños para futuros interespecie”, *Revista ARQ*, 2020; 106: 38-47.

3 BIRKE, L., HOSEY, J., MELFI, V., ““You Can’t Really Hug a Tiger”: Zookeepers and Their Bonds with Animals”, *Anthrozoös*, 2019; 32: 5.

4 HELMREICH, S., KIRKSEY, E., “The emergence of multispecies ethnography”, *Cultural Anthropology* 25, 2010; 4: 545-576. La traducción de ésta y las demás citas de la bibliografía en inglés es propia.

multi-especie se enraíza en los debates contemporáneos sobre lo humano; en la historia de las antropologías de animales, plantas y otros organismos; e involucra, además, cuestiones conceptuales y teóricas sustantivas sobre las distinciones entre la noción de naturaleza (y la de especies biológicas) y la de cultura. La etnografía multi-especies pide a los antropólogos sociales que se reintegren a la antropología biológica o, al revés, que la antropología biológica se vuelva a tejer con la antropología social. Sin embargo, el adjetivo *multi-especies* se encuentra habitando distintos mundos disciplinares, entre ellos, los de la biología, la ecología y la antropología. Teniendo en cuenta lo anterior, en este artículo persigo tres objetivos centrales: 1) identificar algunas interacciones y prácticas de animales y humanos en el Zoo ocurridas durante el intento de cambiar de jaula a varios animales, aunque me ocuparé especialmente del caso del traslado de Felipe el camello; 2) analizar el significado que la categoría de *instinto*⁵ tiene para los agentes humanos en el Zoo, biólogos y administrativos, por un lado, y cuidadores, por el otro y; 3) dar cuenta de cómo los hilos de la biología, la ecología y la antropología debieran entretrejerse con los que están implícitos en las actitudes de los cuidadores hacia los animales, en tanto que los comportamientos de estos últimos reflejan una red de significados psicológicos vinculados con su modo de vida en el Zoo. Estos se vuelven ejes centrales para los análisis multi-especies, en tanto permiten incorporar la perspectiva y las experiencias del animal no humano.

El artículo está dividido en tres partes centrales: primero, me refiero al traslado de Felipe el camello, a partir de cuyo registro etnográfico pude advertir la mirada de los agentes humanos sobre la categoría nativa de *instinto*. Luego me ubico en una zona interdisciplinar para indagar el mismo concepto pero en tanto categoría analítica en la literatura psicológica, etológica, biológica y antropológica y, por último, retomo algunas interacciones entre Felipe el camello y los cuidadores para reflexionar sobre las co-existencias, desarrollar mi propuesta sobre las

5 Dado el formato del texto, algunas categorías nativas o denotación personal llevarán bastardillas la primera vez que se mencionen. Usaré comillas cuando me refiera por primera vez a un concepto o cita de otro/a autor/a; a una noción o concepto analítico que, esclarecido o no, es reiterativo en las Ciencias Naturales o Ciencias Sociales. En ambos casos, y cuando sea considerado necesario; las siguientes veces en que aparezcan, no tendrán bastardillas ni comillas. También, se usarán comillas, cuando sea una recreación, a partir de mis notas de campo, de expresiones de mis interlocutores. Por último, cuando use comillas y cursivas al mismo tiempo, me estaré refiriendo a un solapamiento entre alguna noción analítica y nativa.

prácticas instintivas y, así, ofrecer una aproximación al significado del comportamiento de Felipe el camello desde mi visión situada y relacional, para luego finalizar con algunas conclusiones.

2. El traslado de Felipe el camello

“No se quiso mudar”, comenzó diciendo un cuidador, “en un momento parecía que se nos iba, Felipe estaba mal, hacía mucho que un animal no me hacía llorar como él, porque lo teníamos atado [...] nunca se quiso mudar, ni a la fuerza lo pudimos sacar. Estaba muy decaído ese animal [...] él se acostumbró a su casita [...] es raro el aullido de un camello, nunca lo había escuchado [...] pero de que te dan ganas de llorar te lo aseguro [...] lo tuvimos que enlazar, porque tiene muchísima fuerza y ahí aullaba muy feo, era triste. A un cuidador casi lo agarra por el aire con su dentadura. Estaba inmóvil, él -te lo aseguro- no se quería ir”. Otro cuidador me dijo “Desde que yo llegué hace doce años que lo veo ahí. El día del traslado, aulló, su *instinto* de quedarse [...] nunca lo había escuchado aullar [...] Se transformó en un *tronco*⁶. Tieso. Estaba decaído, pero eso no le impidió ponerse duro, fue como que sus patas estaban ancladas a la tierra”. Los discursos de otros cuidadores, insistían también en que se sentían tristes por Felipe, que nunca lo habían escuchado aullar de esa manera, sobre todo cuando lo enlazaron para intentar sacarlo: para ellos, lo mejor hubiera sido ni siquiera intentar mover a Felipe de donde se encontraba. “*Eran los instintos del Felipe de poner el cuerpo duro, como un tronco, para quedarse en su casa, él no se quería mudar...* pero claro, los jefes [administrativos] son los que mandan, nosotros teníamos que intentar sacarlo de ahí. Tenemos que seguir las órdenes”, decía otro cuidador. Eran ocho cuidadores tratando de que Felipe entrara a otra jaula y no hubo forma de moverlo. O sea, en ese momento, dos tercios de la cantidad de cuidadores estaban dedicados a Felipe. Así, llegó la última orden del jefe: “no lo molesten más”. Después de eso, como me dijo otro cuidador: “Felipe se enojó y no quería comer. Pero hizo lo que quiso, su *instinto* siempre fue quedarse en su casita.”⁷

6 Los resaltados en los reportes de los cuidadores y otros actores son agregados míos.

7 Las “casitas” son una categoría nativa a la que hacían referencia los cuidadores. A diferencia de las “jaulas” y los “habitáculos”, también categorías nativas empleadas por administrativos y biólogos, respectivamente, las “casitas”, según mi interpretación, no están centradas exclusivamente en la especie del animal clasificado y en su hábitat natural, sino que se corresponden con un animal

Esta situación pasó unos días después que había terminado mi trabajo de campo, luego de estar cinco meses como cuidadora de animales. Un cuidador me había dicho antes de irme, “seguramente nos van a mandar luego a cambiar a Felipe para que se quede en Camélidos [un sector en el Zoo]”. Los cuidadores, varios de ellos, sabiendo la relación que había generado con varios de los animales, entre ellos Felipe, me escribieron para contarme cómo había sido aquel momento. Aunque no vi lo que ocurrió, no me extraña que la situación se haya dado de la manera que relatan los cuidadores. Había visto muchos cambios de comportamiento y cambios en el estado de salud de los animales cuando se intentaba cambiarlos de su jaula y realizar los traslados: Tutita la jaguar cambió su comportamiento y empeoró su salud al ser cambiada de recinto a otro zoológico, el ciervo que dejó de comer cuando lo cambiaron de jaula, el carpincho llamado Bandido que cada vez estaba más flaco y alterado. También tengo registros del cambio de comportamiento que se producía en uno de los dos osos hormigueros cuando el cuidador se ausentaba, entre otros.

Como me llamaba tanto la atención lo que sucedía con los animales durante y después de los traslados que había presenciado, les preguntaba a biólogos, administrativos y cuidadores a qué respondían aquellos cambios de comportamiento y en los estados de salud de los animales. En ese momento *los instintos* comenzaron a atravesar repetidamente mi trabajo de campo. Un biólogo con quien me encontré por los caminos cementados del Zoo me supo decir: “es que eso hacen por sus *instintos*, varias investigaciones ya lo señalan”. Entonces, estos dichos comenzaron a darme la pista que, probablemente, las categorías nativas de *instinto* de biólogos y administrativos no estaban muy alejadas de las categorías analíticas de “instinto”: intuía que iba a tener que indagar qué decía la teoría (las teorías) con respecto a los “instintos”, sin embargo, procuré concentrarme primero en el trabajo de campo. Siguiendo estos pasos, un día le pregunté a uno de los biólogos si el instinto de un animal cambiaba de un *hábitat natural* a un *hábitat artificial*. En ese momento, no me interesaba indagar sobre esta distinción, sino más bien, poner la atención en lo que ellos me decían sobre el *instinto*. Para mí fue una pregunta rara;

específico en su ambiente. Ello tiene fuertes implicancias: permite dar cuenta de cómo emergen múltiples significados y cómo se construyen ambientes, a través de la interacción del animal con el lugar donde habita, es decir, a través del co-habitar y las co-existencias, incluso con rejas de por medio.

para él también, porque me miró sorprendido. Yo quería saber si en su concepto de *instinto* era tomada en cuenta la relación humano-animal. “Los instintos son esos comportamientos que muchas veces no tienen mayor explicación”, me decía un biólogo. A partir de entonces, comencé a darme cuenta que otros biólogos me respondían casi de la misma manera refiriéndose a los instintos como comportamientos que parecían no tener explicación. Otra vez, mirando el traslado de unas aves, un biólogo me dijo: “probablemente no se quieren ir del habitáculo, pero después cuando los liberen, los instintos los ayudarán a adaptarse [...] si es su hábitat natural”. Desde esta perspectiva, no es que los *instintos* no tengan explicación, sino que más bien están enmarcados dentro de los límites de la filogenia de cada especie animal. Debo decir, sin embargo, que ese acto de *liberación* de aquellas aves tuvo un desenlace caótico. Pude presenciarlo: las aves chocaban con todo lo que tenían a su alrededor y también entre ellas. Otras aves se caían en el mismo vuelo. Los administrativos me señalaron con naturalidad que estas situaciones sucedían con frecuencia, “tienen que despertar el instinto”.

Por otra parte, los biólogos nunca mencionaban a los humanos que intercedían en los “habitáculos”⁸, tampoco parecían tener en cuenta los materiales en ellos y la habituación de los animales a esos recintos. Algunos loros, por ejemplo, llevaban años viviendo juntos, y mantenían una organización con el cuidador dentro de su casita. Eran seis loros en una jaula, y esta se dividía en dos que vivían abajo, dos al medio, dos arriba. En este caso, el cuidador comenzaba dándoles la comida desde abajo para que las parejas de loros no tuvieran conflictos. Los loros, por su parte, esperaban la comida que les iba a poner el cuidador en cada espacio. También, recuerdo que había algunos guacamayos que comían en el suelo. “A ellos no les gusta comer en altura”, me dijo el cuidador y prosiguió: “entonces desde que me dí cuenta de esto, les doy comida en el suelo y siempre ellos me esperan acá abajito” (ver Figura 1). Este es sólo un ejemplo de muchos animales que mantenían una organización con sus cuidadores y, me parece, que si hubieran decidido “trasladarlos” o “liberarlos” –de acuerdo con los términos empleados por la administración- previsiblemente sus vidas se habrían puesto severamente en riesgo. Aunque muchas veces les di mi parecer a administrativos y biólogos sobre el papel

8 Categoría nativa que empleaban los biólogos (véase pie de página número 5).

de las prácticas entre cuidadores y animales, parecía que el *slogan* de “volver al hábitat natural” y a los comportamientos típicos de especie eran un fin indiscutible, y que ellos confiaban que los *instintos* ayudarían a los animales a adaptarse.



Figura 1⁹. Guacamayo esperando la comida que le trae el cuidador en el suelo

Fuente: Imagen propia

Según estas lógicas, por un lado, el *instinto* aparecía como una respuesta de los animales al mostrar comportamientos de resistencia al ser sacados de sus jaulas. Esos instintos no tenían mayor explicación pero, además, no podían explicar nada. Sin embargo, por otro lado, cuando los animales eran devueltos a su hábitat natural, y podían reencontrarse con su filogenia -que era la otra explicación que se ofrecía basada en los instintos-, en otras palabras, cuando se reencontraban con el instinto que habían perdido viviendo en cautiverio, muchos de ellos tenían comportamientos extraños. Administrativos y biólogos parecían concebir a los *instintos* como una cosa inamovible, algo en sí mismo. Como si el animal también fuera algo encerrado entre cuatro paredes. Esto configura una particular perspectiva de los animales del Zoo para administrativos, biólogos y veterinarios: la de un *Animal-Especie*, un simple ejemplar de una clase -la especie- que

9 Las fotografías muestran las prácticas tal como se me presentaron ante el lente.

circunstancialmente se encuentra en su “jaula” o “habitáculo”, de acuerdo con los términos empleados por la administración (Balbontín Beltrán, 2024)¹⁰. La sumatoria de los *caracteres*, entre ellos los instintos, siempre daba como resultado la cosa bien sustantiva y, a su vez, es interesante cómo el instinto parece funcionar como “un principio explicativo”, como señala Bateson (1972), que en realidad “no explica realmente nada” (Bateson, 1972: 42)¹¹.

Percibo –eso sí– que los instintos son una llave relacional que nos permite comprender lo humano-animal. Luego de rastrear etnográficamente lo que me habían dicho biólogos y administrativos, voy a dar cuenta de la categoría analítica de “instinto” tal como ha sido concebida en distintas disciplinas: la psicología, la etología y la biología, y finalmente también la antropología. Cabe aclarar que no es mi propósito ser exhaustiva sobre lo que se ha propuesto sobre los instintos desde distintos enfoques en las disciplinas mencionadas, sino sólo rastrear las conceptualizaciones más influyentes. Después de explorar las ideas sobre el instinto humano y no-humano en la literatura teórica, podré ponerlas en relación con mi experiencia-vivida en el trabajo de campo, para intentar, finalmente, determinar el significado de la práctica de Felipe el camello de *ponerse como un tronco* cuando intentaron trasladarlo de jaula.

3. Zona interdisciplinar: sobre los “instintos”

En el trabajo de campo se me reveló, a través de las prácticas con los animales, que los cuidadores reconocían en ellos rasgos psicológicos. Esto me invitó a incorporar dentro de la discusión multi-especies referencias tomadas de la psicología sobre algunos influyentes enfoques acerca de los “instintos”. Por lo anterior, esa búsqueda adquirió la forma de lo que Ingold (2015)¹² ha llamado una “aproximación por obviación [sic]” (p.14): con ello se refiere a diluir los límites entre distintas disciplinas con el objetivo de disolver el edificio apoyado en la dicotomía naturaleza/cultura que sostiene a la antropología y, de esta manera, dejar de ver a los organismos como unidades compuestas “por partes separadas mutuamente complementarias como el

10 BALBONTÍN BELTRÁN, T. A. ¿Saben los camélidos que son «camélidos»? Un análisis etnográfico y antropológico sobre las nociones nativas de «especie» en un zoológico. *Tabula Rasa*, 51, 2024. 127-152.

11 BATESON, G. *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires, LOHLÉ-LUMEN, 1972.

12 INGOLD, T., “Hacia una ciencia de la vida”, *Avá*, 2015, 26: 9-51.

cuerpo, la mente y la cultura, sino un locus singular de crecimiento creativo (*creative growth*) dentro de un campo de relaciones continuamente desplegado” (p.14). De esta manera, el marco propuesto por Ingold refleja fielmente mi experiencia vivida. Los instintos fueron un tema de gran interés para la psicología en la última década del siglo XIX. Hubo dos puntos en desacuerdo en lo que respecta a su naturaleza: 1) la diferencia entre instintos y hábitos y; 2) el origen evolutivo de los instintos. Entre los 1900 y 1920, cuando el tema ya había ganado popularidad científica, el debate continuó. Para entonces se habían publicado más de 600 artículos referidos al tema solo en Estados Unidos e Inglaterra. En la mayoría de los escritos se propusieron diferentes listados de instintos humanos así como de instintos animales, diferenciando a unos de otros como proponía William James. Sin embargo, apartándose de su enfoque, la mayor parte de los autores coincidían en que los instintos tenían la característica transversal de que estaban preformados y se encontraban inaccesibles a la experiencia (Griffiths et al., 2024)¹³.

La acepción etimológica del término “instinto” hace hincapié en que se trata de un impulso. Sigmund Freud (1930) también se ocupó de los instintos y su enfoque siguió de cerca esa acepción. Dentro del enfoque dinámico del psicoanálisis –que buscaba explicar los fenómenos mentales por interacción y oposición de fuerzas–, señaló que el organismo humano es un complicado sistema de energía. La energía sería la utilizada para las diferentes acciones (percibir, respirar, etc.) que realiza nuestro cuerpo. En este punto, Freud planteaba que la forma de la energía psíquica podía transformarse en energía corporal y viceversa. Toda esa energía se obtendría, según el autor, de los instintos. El punto central es que el instinto se encuentra instalado en lo que Freud llamó el “ello” o el “inconsciente”, donde hay sólo fuerzas impulsoras, no fuerzas controladoras. Los instintos estarían radicados en ese lado animal del humano, en ese lugar primitivo de la mente humana, como dirían algunos psicólogos.

Como sabemos, Freud elaboró una teoría psicoanalítica de la mente específicamente humana. De todas formas, es interesante resaltar que lo que llamó el “ello” se encuentra en la fuente de la energía psíquica: los impulsos, los instintos.

13 GRIFFITHS, P., LINQUIST, S. "The Distinction Between Innate and Acquired Characteristics", *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Edward N. Zalta & Uri Nodelman (eds.), URL = <<https://plato.stanford.edu/archives/spr2024/entries/innate-acquired/>>, 2024.

Lo que sigue me parece relevante: el “ello” –como una de las instancias de la personalidad, con el “yo” y el “superyó”– no se modificaría con el tiempo ni la experiencia, porque excluye el mundo externo (Freud, 1973)¹⁴. De esta manera, la cuestión de la animalidad se ancla en lo filogenético, es decir, nuestro lado animal nunca podría conectar con el mundo de afuera. Al estar sumergido en las profundidades de la consciencia –el inconsciente– se compartirían estas funciones a través de una memoria genética ancestral entre todos los seres del reino *Animalia*. Por otro lado, al “ello” no lo regirían ni la razón, ni la moral, ni la lógica.

Podríamos relacionar esta mirada psicoanalítica con el evolucionismo antropológico que reservó la razón a las sociedades denominadas “civilizadas” mientras que relegaba el instinto a las denominadas “salvajes”. Estas últimas, a su vez, estarían más cercanas a los animales. De cierta manera, *el animal del humano*, entre líneas, hace alusión a una frontera que diferencia la mente de los humanos civilizados de otras mentes, como la de los animales y la de los salvajes. Como bien señala Geertz, “los procesos de pensamiento que Freud llamó ‘primarios’ [donde ubicaríamos a los instintos] son filogenéticamente anteriores a los que llamó ‘secundarios’ [...]. [En]la antropología esta tesis se basó en el supuesto de que es posible sencillamente identificar estructuras de cultura y modos de pensamiento” (2003 [1973]: 65). En las palabras acertadas de Geertz, “la proposición de considerar que los procesos primarios del pensar preceden a los procesos secundarios filogenéticamente solo necesita del error final de considerar a los pueblos tribales como formas primitivas de humanidad, como ‘fósiles vivos’ para completar el cuadro” (Geertz, 2003 [1973]: 65)¹⁵.

Para Freud, los instintos –radicados en el inconsciente– no serían observables de modo directo en las acciones vividas ni en la experiencia, ya que se encontrarían al interior del individuo, más aún, en las profundidades de *lo mental* y en el pool genético que compartimos con los animales: las funciones vitales. Algunas de ellas son los instintos que se encuentran guardados y encapsulados, transmitiéndose a través de generaciones. En conclusión, Freud nos ofrece ciertas claves acerca de cómo, hace por lo menos un siglo, los instintos estaban radicados.

14 Cfr. FREUD, S. *Obras completas de Sigmund Freud*. 3ra. Ed. Madrid-España, Biblioteca Nueva, 1973 [1922].

15 GEERTZ, C. *La interpretación de las culturas*. México D.F: Gedisa, 2003 [1973].

Por mi parte, creo que siguen estando en buena medida allí, por así decir, en la *mente humana-animal* y erradicados de la *mente humana-humana*. Siendo más filosa, se exilió de la *mente civilizada* ubicada en el ámbito de la Cultura, quedando, de acuerdo a una concepción antropológica-evolucionista, del lado de la Naturaleza y, a su vez, en la zona interna del individuo, por así decir, *fuera del mundo*.

Otra perspectiva dentro de la disciplina psicológica enfocada en estudiar los instintos se puede encontrar en los trabajos de los psicólogos de la escuela conductista. Los instintos estaban ligados a las normas de conducta de cada especie. La corriente conductista –a diferencia de la psicoanalítica freudiana– estaba interesada en explicar la conducta, más precisamente, en la relación estímulo-respuesta. En sintonía con los presupuestos de las ciencias físico-naturales, se caracterizó por ser una corriente materialista, determinista, mecanicista y objetivista (Danzinger, 1997)¹⁶. El estudio de las conductas se daba dentro de movimientos en el espacio y el tiempo, no en los contenidos de la consciencia. Así, pues, según los conductistas, los instintos son una acción o conducta caracterizada por cuatro rasgos: 1) especificidad característica de la especie; 2) preformación –es una conducta que no necesitaría aprendizaje ni práctica–; 3) estabilidad –es idéntica a través del tiempo (si no es idéntica resultaría ser una conducta adaptativa)–; 4) ignorancia del fin –los pasos desencadenados no implicarían conocimiento por parte del organismo. Estas conductas instintivas eran estudiadas sobre todo en los animales considerados *inferiores*. De esta manera, los científicos buscaban asegurarse de que la conducta instintiva se manifieste en un estado más *puro*, más cercano a la naturaleza. De hecho, los grandes impulsores de esta corriente, como Watson, Pavlov y Allport, fieles al positivismo de comienzos del siglo XX, buscaban medir lo observable a través de la experimentación (Danzinger, 1997)¹⁷.

Pero, ¿acaso los instintos operan sólo para la especie, en un estado estático de repetición ajena al individuo? ¿Están limitados a la relación entre estímulo y respuesta? ¿Qué sucede con las conductas instintivas que se manifiestan en un período extenso, a lo largo de la vida de un individuo, y que son sensibles a ella?

16 DANZINGER, K. *Naming the mind. How psychology found its language*. London: SAGE Publications. 1997.

17 *Ídem*.

En oposición al conductismo, por esos mismos años, el psicólogo McDougall propuso *la teoría de los instintos* (Garrido et al., 2007)¹⁸. Según dicha teoría, los instintos no serían solo respuestas innatas que llevarían a los organismos a realizar ciertos movimientos, sino que serían la base del comportamiento social. De esta manera, los instintos contaban con tres componentes: el cognitivo –prestar atención a determinados objetos–, el emocional –experimentar una emoción particular ante un objeto–, y el comportamental –reaccionar de una forma específica–. De todas formas, el instinto sigue siendo, bajo esta visión, una disposición heredada o innata, ligada a la filogenia del animal.

Entonces, mientras Freud coloca los instintos en el inconsciente (el “ello”), el conductismo –a través de la experimentación– reduce los instintos a respuestas innatas y su denominada “teoría de los instintos” los nivelaría como la base de la conducta tanto humana como animal, ligados a lo heredado. Por su parte, también es posible relacionar la discusión en torno a la naturaleza de los instintos con la dicotomía moderna humano/animal: mientras en los humanos los instintos están situados en el lado animal de la dicotomía, los animales *sólo* poseerían instintos, y por lo tanto, se encontrarían homogéneamente confinados a su condición animal.

Desde otra arista, los etólogos clásicos, como Konrad Lorenz (1985)¹⁹, sugerían que el comportamiento se dividía en pequeños fragmentos, y que el instinto era solo una pequeña parte de la secuencia completa, que consistía en patrones motores innatos. Para Lorenz, la conducta instintiva era modulada por estímulos externos: de esta manera, cada respuesta de la secuencia que constituía la conducta instintiva estaría formada por unidades más simples, las que se mantendrían como una pauta fija de acción (*fixed action pattern*). Esta pauta o patrón de la conducta instintiva se distingue por ser heredada, específica y estereotipada. O sea, que debemos pensarla en términos filogenéticos. En cierta medida, este enfoque se diferencia del conductismo, ya que no plantea que un estímulo externo genera una respuesta, sino más bien, que la conducta instintiva se libera por los estímulos ambientales. Al ubicar así la conducta instintiva, Lorenz

18 GARRIDO, A. y ÁLVARO, J. William McDougall y la teoría de los instintos. En A. Garrido, & J. Álvaro, *Psicología social. Perspectivas psicológicas y sociológicas* (78-96). Madrid: McGraw Hill/Interamericana de España. 2007.

19 Cfr. LORENZ, K., *Consideraciones sobre las conductas animal y humana*, Barcelona, Planeta Agostini, 1985.

señalaba que esa energía de reacción estaría ubicada en centros nerviosos específicos. Por su parte, Nikolaas Tinbergen (1973)²⁰ –quien trabajó con Lorenz siguiendo una línea teórica similar– apuntaba que la energía específica de reacción que se libera frente a estímulos específicos y determina la aparición de la conducta instintiva o los patrones fijos de acción, estaría acumulada en centros nerviosos de manera jerárquica. Apoyado en múltiples estudios neurofisiológicos, Tinbergen señalaba que el movimiento de liberación de energía dependía de la actividad y la organización de estructuras nerviosas que regulan el sistema locomotor.

La etología clásica se mantuvo en silencio sobre la conciencia animal. De hecho, entre Lorenz y Tinbergen tuvieron discrepancias importantes: el primero le otorgaba vidas mentales a los animales no humanos, mientras que el segundo señalaba que aquellos aportes tenían poca importancia científica. Los etólogos clásicos se mantuvieron en el debate sobre el carácter innato de los instintos (Allen et al., 2006; Griffiths et al, 2024)²¹ y alejados del debate sobre el aprendizaje. Esa perspectiva recién cambió con la obra de Donald Griffin sobre la conciencia de los animales. Así nació, en los años 80 del siglo pasado, la *etología cognitiva, una disciplina a la que se define* como “el estudio comparado, evolutivo y ecológico de las mentes de los animales no humanos, incluyendo procesos de pensamiento, creencias, racionalidad, procesamiento de información, intencionalidad y conciencia” (Allen et al. 2007: 304)²². Este fue un gran paso en el intento de comprender los comportamientos animales más allá de las respuestas innatas.

Atendiendo a una de las primeras y más influyentes teorizaciones sobre los instintos en biología, debemos considerar los aportes de Charles Darwin (2008 [1859])²³, para quien los comportamientos instintivos estaban ligados a la selección natural. Según su enfoque, los instintos tienen tres características principales: 1) se trata de comportamientos propios de la especie, por lo tanto, es relativamente baja la variabilidad a través de las generaciones; 2) son innatos y se manifiestan en

20 Cfr. TINBERGEN, N., *The study of instinct*. Oxford, Clarendon Press, 1951.

21 ALLEN, C., BEKOFF M., “Animal minds, Cognitive ethology and Ethics”, *The Journal of Ethics* 11: 299–317, 2007; véase también GRIFFITHS, P., LINQUIST, S. “The Distinction Between Innate and Acquired Characteristics”, *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Edward N. Zalta & Uri Nodelman (eds.), URL = <<https://plato.stanford.edu/archives/spr2024/entries/innate-acquired/>>, 2024.

22 ALLEN, C., BEKOFF M., “Animal minds, Cognitive ethology and Ethics”, *The Journal of Ethics* 11: 299–317, 2007.

23 DARWIN, C. “La selección natural”, *La ciencia del siglo XIX*, E. Trabulse (comp.), México D.F.: FCE, 177-187, 2008 [1859].

períodos importantes de la vida del organismo y/o ante eventualidades ambientales donde selectivamente se desatarían estos comportamientos, y 3) los instintos se desarrollan gradualmente en la historia filogenética de las especies, a menos que haya variaciones espontáneas del comportamiento, mejoradas por la selección natural (Moreno, 2015)²⁴. Siguiendo estos lineamientos, muchos biólogos plantean diversas caracterizaciones de los instintos ligadas a la especie a la que pertenecen los animales: acciones innatas que no es necesario aprender; acciones que tienen un propósito determinado; algunos son perfectos y otros mejoran con el tiempo; aparecen en ciertas épocas definidas en la vida de un animal y, por último, parecen automáticos e inflexibles (Fox, 1970 [1940])²⁵.

Por contraste con esta aproximación general, una aproximación reciente en biología ha establecido una nueva forma de abordar estos comportamientos: la epigenética. A grandes rasgos, la epigenética es “el estudio de cambios hereditarios, mitóticos y/o meióticos de la función de los genes que no puede ser explicada por cambios en la secuencia del ADN. Es decir que la epigenética ofrece la posibilidad de reprogramar el genoma sin necesidad de modificar el material genético” (Bruni et al., 2011: 94)²⁶. Algunas investigaciones consideran que “está claro que los genomas de los animales se regulan en gran medida como resultado de la aportación de acontecimientos y experiencias ambientales, que provocan modificaciones a corto y largo plazo en las marcas epigenéticas del ADN y las histonas” (Jensen, 2013: 447)²⁷. Según esta perspectiva, la experiencia que tiene el organismo en su medio ambiente provoca cambios en su epigenética y, a su vez, estos pueden afectar su comportamiento y la heredabilidad de sus genes. En relación al comportamiento instintivo, se afirma que “no es necesario ningún aprendizaje previo para permitir su plena expresión [...] donde toda capacidad de aprender depende de la variación genética” (Jensen, 2013: 450)²⁸. Acá no debemos entender variación genética como “la aceptación del gen como entidad fundamental determinada, discreta y cerrada”

24 MORENO, L., “La Teoría Evolutiva de los Instintos y sus Implicaciones en la Investigación Moderna”, *Laberinto*, 2015, Vol. 15 No. 2: 40-42.

25 FOX, M., *La personalidad de los animales*. Buenos Aires, Eudeba, 1970.

26 BRUNI, M. A., PUIGBÓ, J.J. “Epigenética: una aproximación”, *Gaceta Médica Caracas*, 2011, 119 (2), 93-112.

27 JENSEN, P., Transgenerational epigenetic effects on animal behavior. *Progress in Biophysics and Molecular Biology*, 2013, 113(3), 447-454

28 *Ídem*.

(Jensen, 2013: 450)²⁹ en conformidad con la síntesis moderna, sino más bien como la interacción entre el medio ambiente y los genes. James Mark Baldwin (1861-1934), psicólogo, biólogo y filósofo, anticipó estas ideas con su propuesta de “herencia orgánica” –que concilia planteos lamarckianos y darwinistas– al proponer que “la habilidad de los individuos para aprender puede guiar los procesos evolutivos, facilitando la evolución, puliendo el paisaje adaptativo” (Bruni et al., 2011:94)³⁰. Baldwin plantea, por ejemplo, que los organismos tienen plasticidad, esto es, capacidad para adaptarse a diversos ambientes, seguida de múltiples mutaciones que estabilizan el fenotipo, lo que es conocido como el *efecto Baldwin*. Actualmente, el efecto Baldwin hace alusión “a conductas aprendidas que luego se convierten en instintos por mutaciones subsecuentes” (Bruni et al., 2011:95)³¹.

Estas ideas, retomadas actualmente por la epigenética, ayudan a repensar los instintos que, tanto en los enfoques etológicos como biológicos, habíamos visto encapsulados en la filogenia y ligados casi exclusivamente a la especie, es decir, indiferentes a las experiencias de vida de los individuos. Como dijimos, según la dicotomía moderna humano/animal, los instintos se ubican en la encriptada zona animal, es decir, o sólo son propios de los animales o son, además, la dimensión animal en los humanos. Pero podríamos ahora pensarlos como parte de la interacción y la experiencia entre el medio ambiente, el fenotipo y el genotipo del organismo, tanto en animales humanos como no humanos. Volveré sobre la huella de la epigenética.

Para ir finalizando esta reconstrucción de la categoría analítica de instinto, cabe señalar que, en lo que respecta a la antropología, los instintos quedaron casi completamente fuera del foco de la atención. Ello contrasta claramente con la psicología y la etología, disciplinas donde se produjeron debates importantes sobre los instintos. Esta omisión estaría encadenada a la tradicional dicotomía naturaleza/cultura: como vimos, los instintos quedaron del lado de la naturaleza. Al hacerse cargo de la cultura –es decir, de lo humano–, la antropología dejó afuera muchas discusiones, entre ellas, las que incumbían a los instintos. Muy pocos antropólogos se han acercado a esta cuestión. Como afirmó Claude Lévi-Strauss,

29 *Idem.*

30 *Idem.*

31 *Idem.*

los instintos son “atributos de la naturaleza que no cabe negar” (1969:38)³², por lo tanto, los antropólogos, en tanto estudian la cultura, no deben hacerse cargo de ellos. Sin embargo, en su libro *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre* (1972)³³, el biólogo y antropólogo Gregory Bateson aborda directamente y sin tabúes la cuestión de los instintos. Son varias las referencias en ese sentido. Por ejemplo, en relación con su trabajo de campo con la sociedad iatmul, una tribu de cazadores de Nueva Guinea, señala que su análisis sobre el ritual denominado “Naven” lo llevó a su definición del *ethos* como “la expresión de un sistema culturalmente estandarizado de organización de los instintos y emociones de los individuos” (Bateson, 1972: 87). En este texto, la propuesta del autor hace hincapié en que el *ethos* de una cultura específica se organiza a través de los instintos y, por esto mismo, hace hincapié en la formación y el desarrollo de la vida de los habitantes iatmules. Eludiendo la dicotomía naturaleza y cultura, los instintos batesonianos no tienen que ver con una aproximación tradicional psicologista, sino que se insertan en su propuesta sobre las acciones y las relaciones sociales de los iatmules: el cuerpo-con-el-ambiente. En el mismo texto, en el Metálogo titulado “¿Qué es un instinto?”, Bateson señala que los científicos hicieron “listas de instintos separados y apilándolos luego otra vez” (Bateson, 1972: 47). Pero, incluso los cromosomas –haciendo referencia a la filogenética– tendrían un “contexto de un contexto”, donde los “contextos” funcionan como un “término colectivo que engloba todos aquellos acontecimientos que dicen al organismo entre qué conjuntos de alternativas debe efectuar su próxima elección” (Bateson, 1972: 407). Acá se esquiva la dicotomía filogenia/ontogenia y los “contextos de contextos” se van formando a través del desarrollo de la vida en los organismos.

En síntesis, a excepción de la epigenética, los distintos enfoques mencionados no tienen entre sí más que sutiles variaciones en cada una de las disciplinas referidas: psicología, etología y biología, mientras que, por los fundamentos expuestos, la noción de instinto está poco estudiada en la antropología, a excepción de la propuesta de Bateson. De cierta manera, el *vacío* sobre la noción de instinto en la disciplina antropológica me lleva a interpretar que

32 LÉVI-STRAUSS, C., *The Elementary Structures of Kinship*. Boston: Beacon Press, 1969.

33 BATESON, G., *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires, LOHLÉ-LUMEN, 1972.

está restringida a explicar la Cultura por negación: todo lo que no es Cultura podría tener una explicación basada en los instintos, es decir, en la Naturaleza. Por otro lado, observamos que la mayor parte de las teorías siguen una lógica que se enfoca en identificar a los instintos con la filogenia o la historia de la especie, variando en la ubicación de ellos: en las neuronas, en el medio ambiente, en la mente, en la conducta, en la consciencia, en la memoria filogenética, en centrales nerviosas, entre otros. Por último, la discusión en las distintas disciplinas sobre los instintos que hemos reseñado sintéticamente ubica a estos o bien en los animales no humanos - un asunto de las ciencias de la naturaleza- o bien, como es en el caso del psicoanálisis freudiano, en la dimensión animal de la mente humana. Sin embargo, otra cuestión debe alertarnos con respecto a la postura psicoanalítica freudiana: el Zoo como una emblemática institución cultural, después de cien años de haber sido creado, sigue situando a los instintos en la Naturaleza -a donde también pertenecen los salvajes y los animales ¿Cómo, entonces, podríamos indagar en los instintos si se encontraban en zonas tan profundas, alejadas y excluidas de la experiencia de los humanos, como eran las jaulas y habitáculos -encierro que encierra representaciones de la Naturaleza- en el Zoo?

Todo esto me lleva a concluir que los biólogos y los administrativos³⁴ del Zoo parecen tener concepciones bastante semejantes a las que dependen de la categoría analítica de “instinto” -lo cual era esperable ya que su categoría *nativa* está influida por su formación académica- más allá de algunas diferencias de ubicación de tales “*instintos*”, que varían con las disciplinas y los enfoques, e independientemente de su conocimiento de la literatura a la que hicimos referencia. En otras palabras, las prácticas de los biólogos ponen de manifiesto la relación que existe entre su formación académica y su comportamiento observado en el Zoo: una misma caracterización del papel de los instintos en la explicación del comportamiento de los animales donde la especie a la que pertenecían, y no así la vida que habían *habitado*, se volvía central para su argumentación con respecto a los instintos. El punto es que esa argumentación, centrada casi exclusivamente en la filogenia del animal, no deja espacio para ir más allá: observar la historia de vida de los individuos y cómo se va tejiendo allí la malla que emergió, por ejemplo, entre

³⁴ Una gran parte del personal administrativo eran biólogos. En la institución también se encontraban los biólogos investigadores que trabajan de manera anexa al área administrativa en el Zoo.

Felipe el camello, su casita y los cuidadores. Sin esta malla viviente (Ingold, 2011)³⁵ no es posible dar cuenta de la noción de instinto. Sobre la base de estas consideraciones pude comprender mejor cómo tanto los biólogos como los administrativos concebían a los “*instintos*” y de qué maneras aplicaban esa concepción a su trato con los animales: a las respuestas que esperaban de ellos, a la consideración que daban a sus interacciones y experiencias en los ambientes del Zoo, a las explicaciones que daban a su reticencia a ser trasladados. Sin embargo, necesitaba comprender también su significado para los cuidadores y, lo más importante, tratar de entender el comportamiento de los animales, en especial, el de Felipe el camello.

4. Felipe el camello a través de los cuidadores: las co-existencias y las prácticas instintivas desde mi visión situada y relacional

Recordemos que estamos siguiendo las huellas que dejan los dichos del cuidador antes mencionado para intentar comprender el comportamiento del camello: sus acciones instintivas de ponerse como un “*tronco*”, tieso o firme, para quedarse en su casita. Así entonces, después de revisar brevemente algunos enfoques analíticos sobre los “*instintos*”, podemos observar que el punto en común de todas esas concepciones es que operan a escala de los individuos, en tanto miembros de una especie particular, o bien, como un conjunto de rasgos internos o bien como rasgos comportamentales. Es decir, un fundamento importante en la categoría analítica de “*instintos*” reside en que trata de rasgos que son comunes a todos los individuos de la misma especie, ya que de otro modo, resultan inexplicables. Ahora bien, explicar los comportamientos de los animales apelando a los instintos propios de la especie a la que pertenecen sólo podría bastar, al menos en algunos casos, si la historia de vida de esos individuos no se hubiera visto afectada por factores ambientales especiales, tales como los ambientes no naturales y los vínculos interespecíficos que hubieran influido en la vida de los animales, rasgos propios de los animales en los zoológicos. Por su parte, según la epigenética, el medio ambiente imprime

35 INGOLD, T. *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge, and Description*. London: Routledge. 2011. La idea de *malla* (o *meshwork* en el original) está ampliamente trabajada por el autor. Sin embargo, en este texto se sugiere la posibilidad de reconocer tanto el conocimiento científico como el conocimiento de los habitantes, generado dentro de las prácticas de un mismo caminante o habitante tanto humano como no humano.

modificaciones en la expresión del genoma. La grilla de lectura de mi experiencia-vivida me indicaba que acá se dibujaba otra línea de análisis, quizás acorde a la propuesta epigenética y batesoniana, que tienen implicancias epistémicas y, quizás, ontológicas completamente distintas a las perspectivas tradicionales.

Cuando fui cuidadora aprendí a ver a los animales en términos relacionales. Así mismo, entendí cómo se tejían distintos *ambientes*³⁶ en las casitas de Felipe el camello y Margarito el guanaco, y de tantos otros animales en el Zoo. De esta manera, el fenómeno que queremos comprender en relación al comportamiento de Felipe, cuando es concebido en términos relacionales, es otro: es el fenómeno vivido, situado y experiencial del camello en su casita, más aún, es la vida del camello, la que incluye las prácticas entre el camello y sus cuidadores (también yo enredada hasta el barro con Felipe el camello), así como también las experiencias de los cuidadores y los animales entrelazadas a las decisiones de administrativos y biólogos. Rebobinemos entonces las frases repetidas por los cuidadores: *eran los instintos del Felipe de poner el cuerpo duro como un tronco para quedarse en su casita*. Estas palabras adquirirían múltiples formas y resonaban en mí una y otra vez. Cambiaré en las próximas líneas hacia un enfoque relacional.

Felipe era un camello que se denomina, en muchos libros de historia natural, “bactriano”, por ser el animal doméstico más común en la antigua región de Bactriana, entre el Turquestán y Persia (Cabrera, 1940)³⁷. Lo recuerdo como uno de los animales que más *disfrutaba* su casita en el Zoo. Era su casita, sus acciones conscientes a través del desarrollo de su vida. Había que tomar en serio a los cuidadores. Para todos los cuidadores, una parte de sus vidas se descomponía si sacaban a Felipe de su jaula. Era el piso de tierra y el árbol al medio de la jaula; los

36 Retomo la noción de *ambiente* de Ingold, quien lo caracteriza como una “zona de interpenetración entre los organismos”, rompiendo esa visión dicotómica según la cual el significado se encuentra como algo o bien fuera o bien dentro del organismo (Ingold, 2012: 73; Fissore et al., 2021). Ingold señala que frente a la pregunta acerca de qué significa que los animales humanos y los no humanos habiten mundos con sentido, la respuesta estándar de la antropología ha sido generalmente que sólo los primeros construyen sus ambientes de forma simbólica. Ingold advierte la insuficiencia de esta respuesta y en su lugar propone –tomando los aportes de la fenomenología, la teoría uexkülliana y la psicología ecológica– que el significado se va sedimentando en el desarrollo de habilidades (*skills*), entendidas como la coordinación entre percepción y acción. Señala, además, que es “el desarrollo de las habilidades [en el original *skills*] en la práctica humana con otros seres vivos [...] lo que va sedimentando significados en la persona y en todos aquellos que comparten una comunidad de prácticas” (Ingold, 2012: 13).

37 CABRERA, A., *Los animales familiares*. Madrid, Espasa-Calpe, 1940.

cercos que determinaban los límites de la casa y el público que lo iba a ver desde arriba; los cuidadores que lo saludaban cuando llegaban y las chicas de limpieza que cada mañana pasaban con sus escobas y bolsas negras, lo miraban y le gritaban “¡hola Felipe!”; la indumentaria de los cuidadores que llamaba la atención de Felipe; los yuyos que había alrededor de la jaula –y que muchas veces eran sacados por el cuidador para que él los comiera–; la lluvia con Felipe mojado sentado debajo del árbol, rumiando alfalfa; el sol con Felipe tomando agua de la manguera. Los ojos de ese camello, sus pestañas no tan largas y su cuello largo, seguían a todo aquel que pasaba frente a su casita; su cuerpo iba atrás de los cuidadores, que entraban por la rutina diaria: limpiar, darle comida, agua y uno que otro golpecito, como una caricia.

Recuerdo los días cuando tuve que ir a darle comida y agua a Felipe. Empecemos por decir que el agua que le daba era salada, similar a la de mar, aunque, claramente, no era agua de mar: esa que supuestamente tomaban sus ancestros (Cabrera, 1940)³⁸. Esto lo digo con experiencia: he probado de curiosa el agua de mar y también probé –muchas veces por error, pero también de curiosa– esa agua salada en el Zoo. Como sea, no sé en qué momento se acostumbró a verme y a que le diera agua con la manguera, directo en el hocico. Pero ocurrió. Cada vez que me veía esperaba al lado de los barrotes –donde se encontraba el bebedero– y estiraba su cuello, mientras yo sacaba la manguera y movía la canilla para que saliera el agua. Él solo esperaba que le diera agua con la manguera. Yo también esperaba los días que me tocaba en ese sector para poder darle agua. Veía cómo *disfrutaba*. Algunas veces me daba la impresión de que se podía tragar la manguera; sus labios grandes la succionaban fuerte. Me decían algunos cuidadores: “sí... a él le gusta siempre tomar agua de la manguera” (ver Fig. 2).

38 *Ídem*.

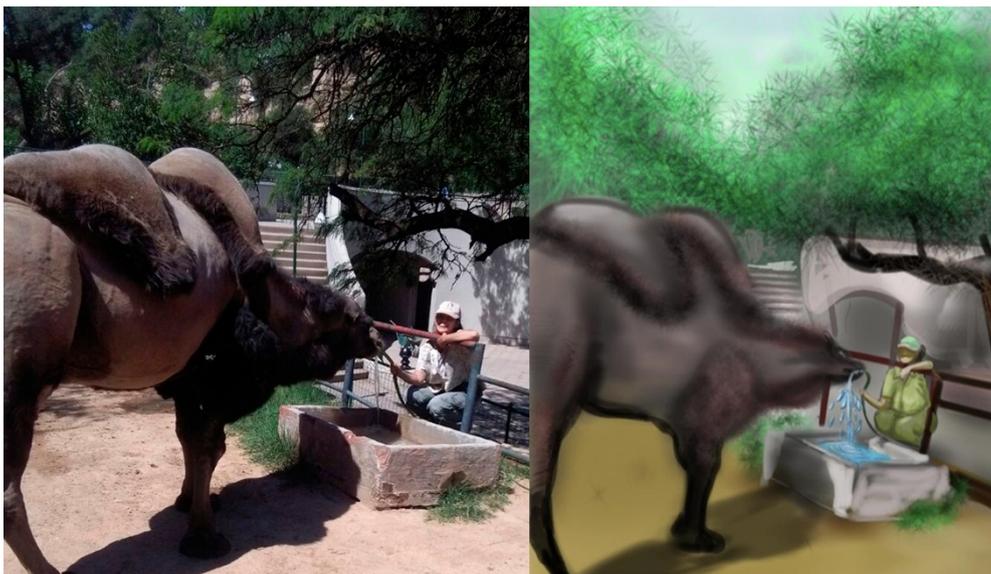


Figura 2. Foto y dibujo: Dándole agua a Felipe con la manguera.

Fuente fotografía: Cuidador Cristian Ramos. Autoría del dibujo: Paolo Porcel³⁹

Por otro lado, con la comida, la situación era similar. Apenas te ponías al lado de los yuyos que estaban al frente y al lado de su casita, Felipe sacaba el cuello para alcanzarte. Ponía su cabeza al lado de la tuya, y no podía esperar a que se lo llevaras al comedero (ver Fig. 3). En ese recorrido, el camello ya había encontrado la forma de quedarse con un poco de los verdes. Entonces, mientras rumiaba, se tranquilizaba y miraba cómo ponías los yuyos en el cubículo para la comida. Si te quedabas con algo, apoyaba su cabeza sobre tu hombro: el cuidador se quedaba así y le pasaba las manos por la cabeza a Felipe. Al principio me daba miedo y me iba corriendo. El cuidador me decía: “no tenés que entrar a las casitas con miedo, siempre la relación con el animal es con respeto. Nunca con miedo”. Suplanté el miedo por el respeto, y dejé que apoyara su cabeza en mi hombro. Su cabeza, su nariz, su pelaje, su rostro, esa impresión que parecía, como los estudiosos del comportamiento animal señalan, propia de animales considerados muy “antipáticos” (Lorenz, 1985: 189)⁴⁰. Una *cara seria* encima de mi hombro. Sin embargo, yo interpretaba “las partes expresivas del cuerpo del animal” (Bateson, 1972: 253-254)⁴¹ en su conjunto, al contrario, como una simpatía al ritmo del choque de nuestros

³⁹ Con relación a los dibujos, estos fueron realizados a partir de una foto, y representan mi subjetividad epistémica en mi trabajo de campo y, luego, al pasar por el filtro de la escritura.

⁴⁰ Cfr. LORENZ, K., *Consideraciones sobre las conductas animal y humana*, Barcelona, Planeta Agostini, 1985.

⁴¹ *Ídem*.

cuerpos. Claro, más de una vez sentí un susto de que me diera un mordiscón. El cuerpo de Felipe era para mí tan grande, y su cuello se sentía pesado encima del hombro, al lado de mi cuello.



Figura 3. Foto y dibujo: Cortando yuyos para Felipe

Fuente fotografía: Cuidador Cristian Ramos. Autoría dibujo: Paolo Porcel

Felipe se asomaba arrojando su hocico y su nariz por fuera de los barrotes que hacían la casita. Una nariz que se movía de lado a lado, unos pelos entre marrones y grises que, a través del olor, se unían al movimiento de la nariz ¿Y yo? Estaba envuelta en ese olor-a-camello. Así era Felipe a través de mí, yo a través de Felipe: se constituía una relación camello-manguera-con-agua-cuidadora. Eran las interacciones que se repetían una y otra vez. Interacciones que hacían relaciones, o más bien, relaciones que hacían interacciones. Y esas relaciones, algunas veces, devenían vínculos. Pensar en vínculos me trajo problemas y me llevó a tomar decisiones que implicaban ciertos riesgos. En muchos casos se producen vínculos entre los cuidadores y los animales. Muchas veces me hice la misma pregunta que Haraway: “¿qué ocurre cuando uno de los asociados involucrados de manera crítica

en la vida de otro desaparece de la tierra?” (Haraway, 2019: 160)⁴². En otros términos ¿qué iba a pasar cuando yo-cuidadora-de-animales me fuera del trabajo de campo y desapareciera de la vida de Felipe el camello? ¿Qué pasaba entre los cuidadores y los animales cuando, involucrados en prácticas e interacciones, uno de ellos “de manera crítica en la vida de otro desaparece de la tierra” (Haraway, 2019: 160)⁴³?

Las experiencias-vividas que fueron posibles por mi trabajo de campo como cuidadora de los animales son una parte importante de este corpus de conocimiento situado que implica cuestionamientos y reflexiones. Como cuidadora, sentí muchas veces, con varios de los animales del Zoo, como si nuestras vidas se estuvieran constituyendo recíprocamente. Como si los cuidadores y los animales nos hubiéramos estado *haciendo*⁴⁴ unos con otros. Entonces puse atención a lo que me podían decir los cuidadores profesionales con respecto a las experiencias que estaba teniendo como cuidadora principiante. De hecho, un cuidador me dijo “todos tenemos problemas, pero acá juntos [con los animales] nos ayudamos a tratar de ser felices. A mi acá adentro se me olvidan los problemas que tengo afuera, porque ellos [animales] me ayudan y yo espero ayudarlos a ellos en su vida acá encerrados, ayudarlos a vivir lo más que puedan en su existir aquí”. La existencia de los animales para los cuidadores se sostenía en el reconocimiento del cautiverio y, estaba directamente relacionada con el desarrollo de la vida y los significados que se iban interpenetrando en las casitas, así como la felicidad que me expresó en aquellos dichos.

Así, hablar de existencias nos lleva a rastrear más detenidamente los comportamientos de unos con otros, cuidadores y animales en relación. Por ejemplo: un cuidador que sueña con los animales cuando estos se encuentran enfermos; un tigre blanco llamado Nahuel que le ronronea a su cuidador entre las rejas; un cuidador colocando crema en una herida a Rubén el búfalo mientras le canta y Rubén se queda quieto hasta que el cuidador termina; Ramón el hipopótamo, que

42 HARAWAY, D., *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao, Edición Consonii, 2019.

43 *Idem*.

44 Cuando me refiero al verbo *hacer* (en bastardillas) y sus múltiples conjugaciones retomo a Ingold (2012). Esta idea enmaraña el percibir, el comprender y el significar como aristas de un mismo proceso, donde *hacer* es previo a expresar representacionalmente lo que hacemos.

también se quedaba con su hocico abierto, mientras el cuidador le limaba los dientes; una bisonte llamada Carola que se quedaba esperando que el cuidador le pasara la mano lentamente arriba del ojo mientras él le hablaba antes de darle comida a través de los barrotes de madera; el tapir más longevo llamado Chispilo que se quedaba con la cabeza hacia arriba, mostrando la barba para que el cuidador lo agarrara del cuello y un camello ya conocido por nosotros, llamado Felipe, que se quedaba tomando agua de la manguera sujeta por un humano, entre otras tantas situaciones. Todas estas prácticas de co-existencia cuidador-animal son recíprocas, hay acciones conjuntas en tanto comportamientos y, muchas de ellas, parecieran ir *haciéndose* para sostener y no poner en riesgo las vidas de los animales en el Zoo.

De esta manera, haber sido cuidadora de animales y encontrarme de un modo tan cercano con la relación cuidador-animal, con los cuidadores y los propios animales en sus especificidades dentro de las casitas, me llevan ahora a profundizar y proponer la visión de los instintos desde la relación cuidador-Felipe-el-camello, como también, el significado para los propios agentes involucrados en términos de co-existencias. En el co-existir, entonces, encontré una llave para entender el concepto nativo de *instinto* de los cuidadores, lo que me llevó a afirmar lo siguiente: mientras cada instinto es un fenómeno diferenciado y acabado en sí mismo (en singular) basado en la filogenia o historia de la especie de los individuos y que se sitúa en el *lado animal*, las *prácticas instintivas*, en cambio, son procesos multifactoriales que se desenvuelven en el tiempo (en plural) a través de propiedades emergentes de un proceso relacional y situado multi-especie. Así, una *práctica instintiva* responde a la relación interespecies, pero a su vez, a la individualidad del organismo e incluso a su pertenencia a una especie determinada. Esto implicaría distintas capas: el instinto propio de la especie, la individualidad del organismo y los vínculos interespecíficos en el tiempo. O sea, dicha práctica tiene relación con los “*instintos*”, pero una vez que han sido moldeados por la historia de vida del organismo a través de respuestas, reacciones, interacciones, experiencias acumuladas, hábitos, etc. La noción de *práctica instintiva* tiene una función tanto descriptiva como explicativa y, por lo mismo, es un concepto dinámico que abarca distintos niveles de análisis: comenzando en las prácticas (o procesos), yendo hacia

los comportamientos e identificando propiedades emergentes tanto de la relación humano-animal como de los individuos mismos.

Voy terminando este escrito. Sólo me queda una cosa en el tintero. Formularé una hipótesis con respecto al enlace constitutivo entre los cuidadores y Felipe el camello en términos de *co-existencia*, aprovechando la revisión que hice sobre los “instintos”. Según la bióloga Lynn Margulis (2002 [1998]), la simbiosis es “el sistema en el cual miembros de especies diferentes viven en contacto físico” (Margulis, 2002: 15)⁴⁵. Para la bióloga, podemos encontrar simbiosis por todas partes en nuestro planeta y el contacto físico es un requisito para reunir muchos tipos de formas de vida diferentes. La vida en términos simbióticos no es posible entre organismos monogenómicos, sino más bien, entre holobiontes, entidades que designan a “un conjunto de seres vivos [que coexisten] en alianzas múltiples” (Gilbert et al., 2021: 7)⁴⁶. Margulis utilizó este concepto para identificar los ensamblajes simbióticos “en cualquier escala espacial o temporal, más similares a nudos de diversas relacionalidades intra-activas en sistemas dinámicos complejos que a entidades de una biología formada por unidades preexistentes delimitadas (genes, células, organismos, etc.) en interacciones que solo pueden ser concebidas como competitivas o cooperativas” (Haraway, 2019: 101)⁴⁷. Por su parte, Haraway (2019) nutre su propuesta, a la que denomina “naturahistorical”, retomando a Margulis: entre los organismos “si todo va bien, serán comensales juntos, especies compañeras y otros mutuamente significativos y coespecíficos [aunque] los resultados no están garantizados [...] ni un final feliz, ni un final asegurado [...] lo único que hay es una posibilidad de avanzar juntos con cierta gracia” (Haraway, 2019: 30)⁴⁸. Haraway denomina simpoiéticas a estas relaciones. Así, las relaciones simbióticas, según mi interpretación, son constitutivas de las relaciones simpoiéticas.

Mi hipótesis es que los cuidadores constituían con el camello una relación simpoiética: las *prácticas instintivas* entre ellos abarcaban una temporalidad –que tiene que ver con la duración– y una espacialidad del vivir –que, en otras palabras,

45 MARGULIS, L. *Planeta simbiótico. Un nuevo punto de vista sobre la evolución*. Barcelona, Debate, 2002 [1998].

46 GILBERT, S., SAPP, J., y TAUBER, A., *Todos somos líquenes. Una visión simbiótica de la vida*. Santiago de Chile: Hifas editoriales, 2021[2012].

47 HARAWAY, D., *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, Bilbao, Edición Consonii., 2019.

48 HARAWAY, D., “Cuando las especies se encuentran: Introducciones”. *Tabula Rasa*, 31, 2019.

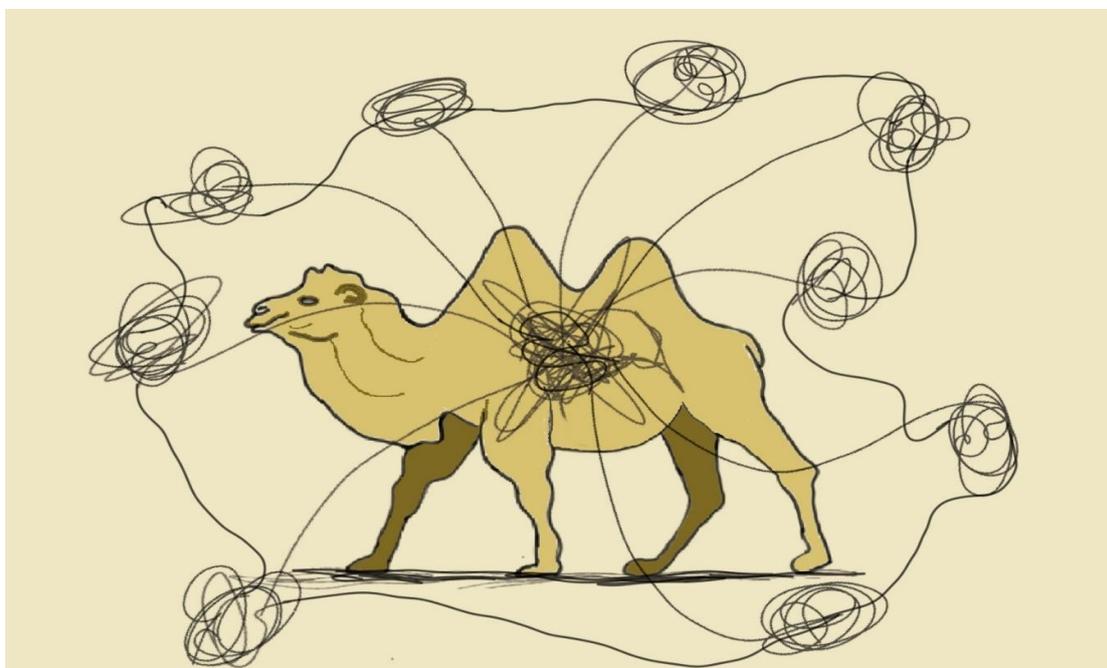
podríamos llamar movilidad— que hacía y rehacía la emergencia colectiva del co-existir. Como señala el filósofo y profesor de biología evolutiva del desarrollo Scott Gilbert, en una respuesta a Haraway: “nada se hace a sí mismo en el mundo biológico, sino más bien que la inducción recíproca en y entre las criaturas siempre en proceso se ramifica a través del espacio y el tiempo en escalas tanto grandes como pequeñas, en cascadas de inter e intra-acción” (citado por Haraway 2019: 58))⁴⁹. Así, las *prácticas instintivas* toman un carácter simpoiético y se constituyen en comportamientos instintivos emergentes, encarnados a través de las co-existencias que componen holobiontes, en nuestro caso, entramados entre animales y humanos y, más específicamente, entre Felipe el camello y sus cuidadores. En nuestro caso, además, estos entramados están historizados y situados: sumamos a las cosas enredadas entre los animales y los humanos, como la manguera de Felipe, los comederos, los materiales que componen las casitas, entre otros elementos.

De hecho, el recurso último del camello para resistir su traslado fueron las múltiples *prácticas instintivas* ancladas en el co-existir que se desplegaron como una malla constitutiva: entre el aullido, su casi mordisco a un cuidador, su estado decaído, su resistencia a moverse, la fuerza que hacía para permanecer inmóvil y “quedarse como un tronco”, tieso, inamovible y que, probablemente, los cuidadores fueran a responder a todas las acciones que realizó Felipe. Un cuidador había dicho “es el cuerpo de Felipe que se puso como un tronco”. Los comportamientos de Felipe se hacían a través del cuerpo y es a través del cuerpo que se lleva a cabo el desarrollo de la vida de Felipe el camello como organismo, o sea, los significados se instalan en la ontogenia de Felipe. Como bien señala Ingold, el desarrollo ontogénico nos “lleva a centrarnos en la cuestión de la corporización [, en la que] el cuerpo experimenta procesos de crecimiento y decaimiento y que, a medida que lo hace, habilidades particulares, hábitos, capacidades y fortalezas, así como debilidades y flaquezas, están envueltas en su misma constitución —en su neurología, musculatura e incluso en su anatomía” (Ingold, 2015: 18)⁵⁰. Todo aquello que el camello hizo con su cuerpo fueron acciones emergentes conscientes: el *instinto haciéndose* a través de relaciones simpoiéticas. La *práctica instintiva* estaba más cercana a lo adquirido que a lo innato, y estaba más lejos de presentarse como respuesta a un estímulo,

49 *idem*.

50 INGOLD, T., “Hacia una ciencia de la vida”, *Avá*, 26. 2015.

como un patrón fijo o una acción transmitida a través de los genes. Felipe aulló y se puso como un tronco, dos comportamientos nunca vistos por los cuidadores, y lo hizo ante una situación nueva y estresante. Ese comportamiento es el que se intentaba clausurar dentro de la idea de “*instinto*”, lo cual a primera vista -y viendo el recorrido analítico del término- tendría sentido, pero no todo camello en toda situación hace eso como si fuese una unidad indiferenciada dentro de una categoría taxonómica. Felipe no se quería ir de ese lugar porque se encontraba *co-existiendo* en la red de relaciones que se habían constituido en torno a *su casita*, a lo largo de *su historia* de vida en el Zoo (ver fig. 4). Una idea central de la epigenética que muestra una línea importante donde los comportamientos podrían ser constitutivos de la expresión del genoma en su interacción con el ambiente: una zona de interpenetración entre organismos⁵¹. Y, como señala Ingold (2015)⁵² –siguiendo a Bateson–: “La mente (...) no está tanto en la cabeza cuanto ahí afuera, en el mundo, es inmanente en lo activo, es un compromiso perceptual de la persona-organismo y del ambiente. En el estudio de dicho compromiso, la psicología no debería ser diferente a la antropología.” (Ingold, 2015: 31)⁵³



51 INGOLD, T., “Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología”. *Tabula Rasa, Revista de humanidades* (18), 2012.

52 *Ídem*.

53 INGOLD, T., “Hacia una ciencia de la vida”, *Avá*, 26. 2015.

Figura 4. Dibujo: La *práctica instintiva* de Felipe el Camello

Autoría: Paolo Porcel

Las co-existencias entre cuidadores-animales eran mutuamente significativas, ellas se entramaban con los comportamientos y los ambientes en las casitas. La existencia no está ligada sólo a la existencia material y efectiva, sino que más bien tiene que ver con la propuesta de Despret (2018, 2021): se torna una pregunta ecológica ligada a las maneras de ser, de componer, de hacer experiencias y de acogerlas⁵⁴. Co-existir es pensar desde términos simbióticos, simpoiéticos y ecológicos. De esta manera, tanto los cuidadores que conocían el comportamiento de Felipe, como mi experiencia-vivida con él, pero sobre todo la alianza multi-especies cuidadores-Felipe-el-camello, me ayudan a proponer una aproximación al significado que podía tener el comportamiento de Felipe de ponerse “como un tronco” al momento de su traslado a otra jaula en otro sector: él no quería irse de su casita, su cuerpo se estaba resistiendo a través de un co-existir, y ese comportamiento incluía el reconocimiento de su propia historia de vida como Felipe el camello *haciendo* distintos ambientes-significados (ver Figura 5, La vida de Felipe el camello).

54 Cfr. DESPRET, V., *¿Qué dirían los animales...si les hiciéramos las preguntas correctas?* Buenos Aires, Cactus., 2018.; DESPRET, V., *A la salud de los muertos. Relatos de quienes quedan.* Buenos Aires, Cactus, 2021.

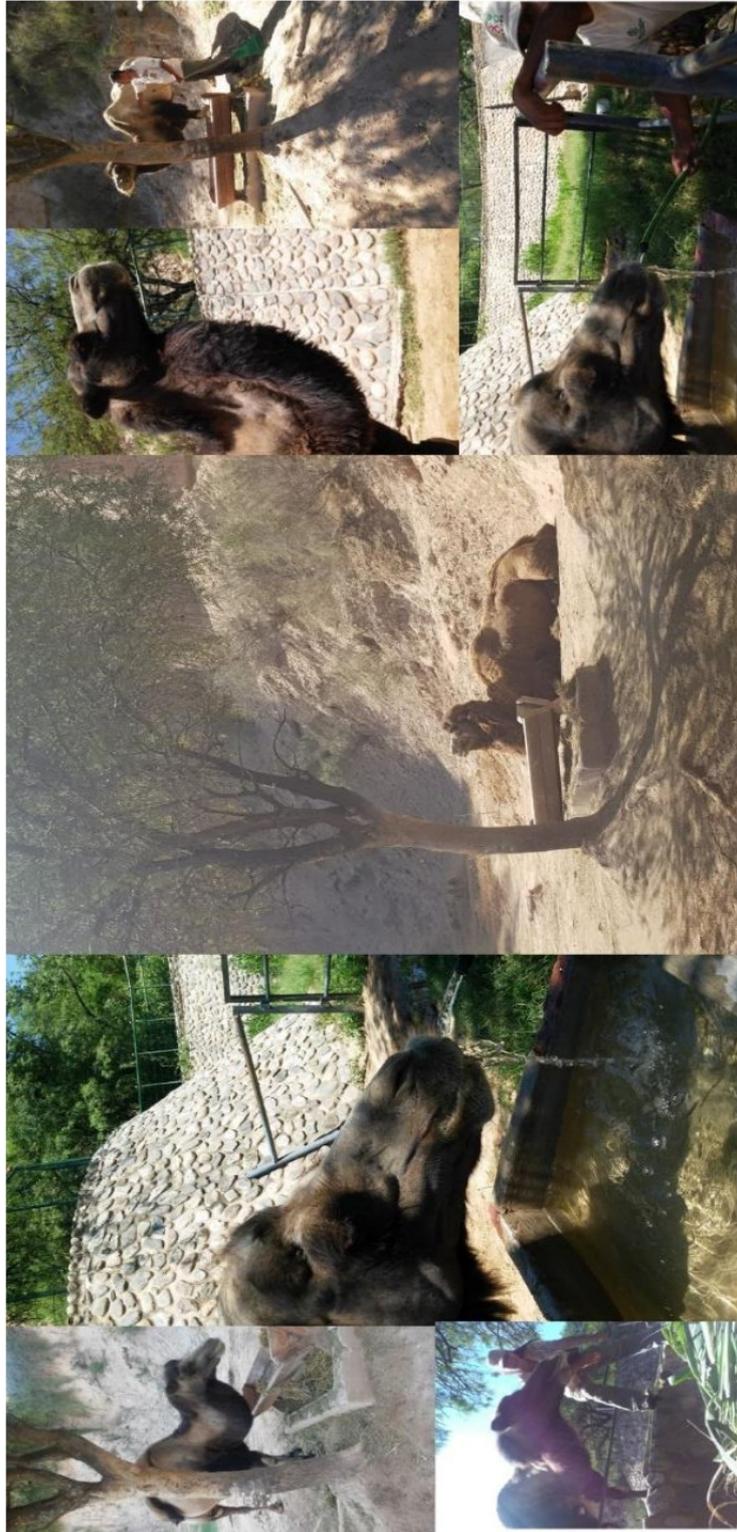


Figura 5. La vida de Felipe el Camello

Fuente: Imágenes propias

Conclusiones

En este artículo me centré en dar una aproximación al significado de los comportamientos de Felipe el camello cuando lo quisieron trasladar a otra jaula. Las referencias que me dieron los cuidadores sobre el hecho que Felipe se había puesto “como un tronco” cuando lo quisieron trasladar, me guiaron para seguir los dichos de biólogos, administrativos y cuidadores sobre lo que sucedía con estos comportamientos en los animales. Lo que Felipe mostraba al “ponerse como un tronco”, lo pude observar también en otros animales, a través de distintos comportamientos. De hecho, observé bruscos cambios en los comportamientos de los animales durante y después de los traslados y, otras veces, pude seguir de cerca cómo se producían también cambios en sus estados de salud.

Alertada por estas situaciones y consultando a biólogos y administrativos por estos comportamientos, la respuesta que más se repetía ponía en el centro a los supuestos “instintos” de estos animales. Para los biólogos y los administrativos el “*instinto*” explicaba estos comportamientos, que referían mayoritariamente a una respuesta del individuo anclada en la historia de su especie. Esas pretendidas explicaciones de los comportamientos regían cuando no se encontraba una explicación específica para algunos de ellos. Esta categoría nativa me llevó a indagar sobre los “instintos” en la literatura científica como categoría analítica. Esta revisión me nutrió para observar por dónde podía avanzar. Encontré que, más allá de los distintos enfoques y disciplinas, la categoría analítica de “instinto” había que insertarla en la especie, es decir, en la filogenia de los individuos. Esta manera de entender a los instintos no permitía dar cuenta del significado que podía tener el comportamiento de Felipe cuando se intentó trasladarlo a otra jaula en el sector de Camélidos. Es curioso que los biólogos no advirtieran el papel de la acción humana en causar un cambio inesperado en su modo de vida habitual como parte de la explicación de esos comportamientos. Sin embargo, la epigenética y sus postulados me permitieron comprender mejor muchas observaciones que había realizado y la más importante: el desarrollo de la vida de Felipe el camello en su casita en el Zoo se volvió central para entender su comportamiento.

Por otra parte, desde mi trabajo de campo, y en particular a través de mis labores como cuidadora de animales, pude entender el *instinto* al que apelaban los cuidadores y luego realizar una aproximación al significado del comportamiento de Felipe el camello. Tanto los dichos de los cuidadores como la actitud del mismo Felipe, me llevaron a enfocarme en lo que sucedió cuando lo quisieron sacar de su “casita”: la resistencia de Felipe el camello. Así fue que, inspirada en lo que había aprendido como cuidadora de animales, comprendí la necesidad de conceptualizar de otra manera su comportamiento. Para los cuidadores, el *instinto* estaba anclado en el cuerpo e indicaba que Felipe no quería irse de su “casita”. Sin embargo, parecía faltar algo más para entender aquel comportamiento. Así, elaboré la categoría relacional de *práctica instintiva*. Este concepto cobra vida a través de historias concretas (Tsing, 2021 [2017])⁵⁵ y situadas que se anclan en el co-existir. A través de esta práctica de co-existencias, pude aproximarme al significado del comportamiento de Felipe, mientras lo estaban empujando a salir de su casita. Al no querer irse, Felipe el camello se movía por *instinto*, pero esta no era una causa mecánica ni estática, tampoco estaba ligada a las características comunes a todos los individuos de la misma especie a la que él pertenecía. No quería irse del lugar porque se encontraba *co-existiendo* en la red de relaciones que se habían constituido en torno a su casita, a lo largo de su historia de vida en el Zoo. Esa historia de vida había construido múltiples significados arraigados a su casita. Ello se podía inferir del movimiento de su cuerpo: no se quería mover, se puso como un tronco. Las co-existencias se desplegaban a través de los procesos ontogenéticos (Ingold, 2015)⁵⁶ anclados en los cuerpos.

Actualmente, los hilos de los estudios multi-especies han multiplicado los vínculos entretejidos entre la biología, la ecología y la antropología. Sin embargo, considero central agregar el hilo de la psicología implícito en las actitudes de los cuidadores hacia los animales. Esto supone que los comportamientos de los animales reflejan una malla de significados psicológicos vinculados con su modo de vida en el Zoo, lo que a su vez, nos lleva a reflexionar sobre la mente de los animales humanos y no humanos, en un telar filosófico y epistemológico más

55 TSING, A., *La seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Madrid, Traficantes de sueños, 2021[2017].

56 INGOLD, T., “Hacia una ciencia de la vida”, *Avá*, 2015, 26.

amplio. En este sentido, he señalado brevemente una de las influencias más positivas de esta disciplina al nacimiento de la llamada etología cognitiva, ya que ha permitido incorporar a la explicación de los comportamientos la rica vida cognitiva de los animales. Pero sobre todo, he apuntado a la comprensión que los cuidadores tienen de la integralidad de los comportamientos animales: una simbiosis entre sus cuerpos y sus vidas en sus ambientes podría explicar todavía mejor la resistencia de los animales a ser trasladados. De cierta manera, pienso que ello nos permite aportar, con muchos más fundamentos y desde una mirada del animal no humano para profundizar en sus mentes, pero también más allá, en términos relacionales y multi-específicos. Así, entonces, aunque de manera situada, este artículo está pensado como una contribución a los análisis multi-especies en los zoológicos: También sugiero que sea entendido como un aporte, en el marco de la crisis ambiental actual, para comprender las múltiples configuraciones inter-específicas de mutuos involucramientos prácticos en el mundo vivido.